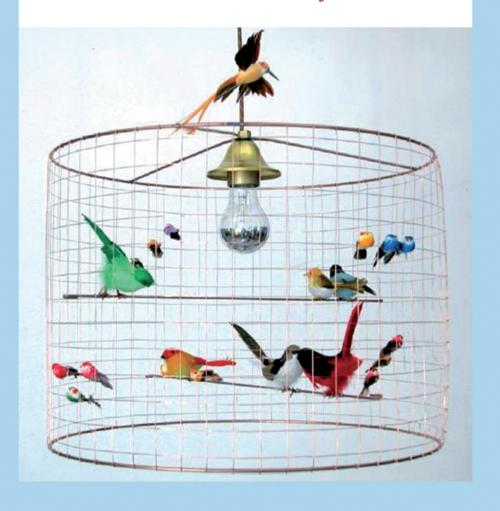
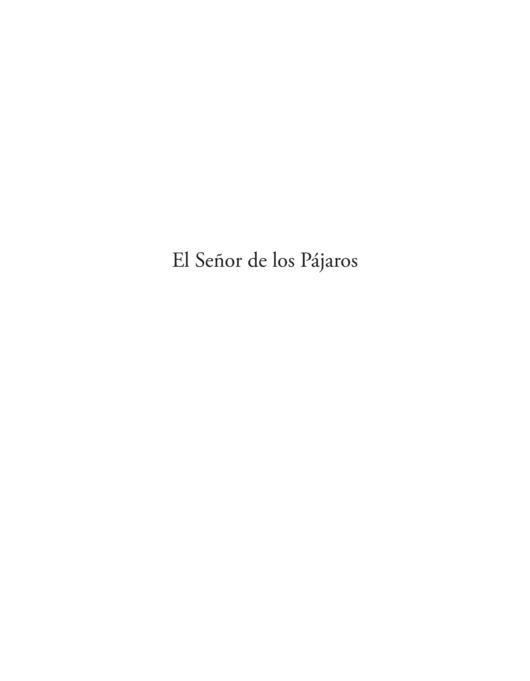
YOKO OGAWA

El Señor de los Pájaros





COLECCIÓN LITERA**DURA**

Yoko Ogawa

El Señor de los Pájaros

Traducción de Juan Francisco González Sánchez



Primera edición: abril de 2019

Título original: Kotori (2012)

© Yoko Ogawa, 2012, 2019

Edición original japonesa publicada por Asahi Shimbun Publications Inc., Tokio Derechos de traducción acordados con Yoko Ogawa a través del Japan Foreign-Rights Centre y Ute Körner Literary Agent, S. L. www.uklitag.com

> © de la traducción: Juan Francisco González Sánchez, 2019 © de la presente edición: Editorial Funambulista, 2019 c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid) www.funambulista.net

> > IBIC: FA ISBN: 978-84-120190-0-1 Dep. Legal: M-14383-2019

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Une Volière de Mathieu Challières Dibujo de fondo de la contraportada: © Juan Francisco González Sánchez, 2019

Producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

El Señor de los Pájaros

En cuanto se tuvieron noticias del fallecimiento del Señor de los Pájaros, se activaron con urgencia los procedimientos rutinarios para casos como el suyo —el hombre carecía de parientes cercanos y habían transcurrido varios días desde el momento de su muerte hasta el hallazgo del cadáver—en todo lo concerniente tanto a la manipulación del cuerpo como a la gestión de sus pertenencias.

En el lugar donde fue hallado el cadáver se congregaron personas de lo más variopinto: desde el personal sanitario de urgencias, agentes de policía, trabajadores de asuntos sociales y algún que otro funcionario de la administración pública, hasta el presidente de la asociación vecinal. No faltaron los simples mirones. Cada cual cumplió diligentemente con la función específica que le correspondía: unos se encargaron

de sacar el cuerpo del lugar y transportarlo; otros, de desinfectar el lugar y de tratar de ponerse en contacto con algún familiar a quien informar de la desgraciada noticia... Incluso los que habían llegado atraídos por algo más que la mera curiosidad, con la intención de husmear lo más posible y saciar su sed de morbo, cumplían una función positiva, puesto que lograban con su trajín aligerar aquella atmósfera lóbrega, funesta y pesada que podría quedar allí estancada.

Prácticamente ninguno de los presentes tenía una idea cabal de cómo era el Señor de los Pájaros, e incluso los que habían llegado a verlo en alguna rara ocasión jamás habían cruzado palabra con él. En definitiva, fueron las tristes circunstancias acaecidas las que hicieron que tan numeroso grupo de personas se diera cita en el hogar del Señor de los Pájaros.

Fue el cobrador de la suscripción al periódico quien descubrió el cuerpo sin vida. Extrañado por la excesiva acumulación de ejemplares en el buzón de la casa, se adentró en el jardín, lo rodeó por el lateral sur y encontró tendido en el suelo, a escasa distancia de la ventana de la sala de estar, el cuerpo del Señor de los Pájaros, cuyo aspecto no era muy diferente al de una persona que simplemente hubiera decidido recostarse de lado para descansar, tales eran la calma y el sosiego que transmitía, a pesar de las visibles trazas de descomposición que ya empezaban a hacer acto de presencia.

Llevaba puestos una camisa y unos pantalones corrientes, y mantenía las piernas levemente flexionadas y la espalda arqueada, como en posición fetal.

Un detalle llamó la atención de todos los congregados: entre los brazos el hombre sostenía una jaula de bambú, y en su interior un pequeño pájaro permanecía posado, completamente quieto, sobre el fino listón que hacía las veces de alcándara.

—Hay un pájaro... —musitó el cobrador del periódico, quien permanecía de pie y a cierta distancia en actitud vigilante, como si la circunstancia de haber sido el primero en descubrir el cadáver le hubiera impuesto cierta responsabilidad sobre lo que allí pudiera suceder.

En los ojos de los presentes afloró una suerte de brillo, como si aquel preciso instante fuera el primero de sus largas vidas en que veían un pájaro. No obstante, se encontraban en el hogar del Señor de los Pájaros, y, por tanto, aquello no debiera haberles sorprendido en absoluto. Tan minúsculo era su tamaño que aquel pajarito habría cabido perfectamente en la palma de una mano si hubiera querido acurrucarse en ella. A pesar de que el comedero estaba completamente vacío, el pajarito no mostraba el menor síntoma de abatimiento y parecía entretenerse observando a los allí congregados, ladeando ágilmente el cuello a uno y otro lado, y moviendo con rapidez sus vivos ojillos. Parecía sentirse protegido y seguro al calor del

pecho del fallecido, y, sin más adorno en su plumaje que unos suaves y tenues matices entre amarillentos y verdosos, no cabía palabra mejor para referirse a él que la de simple «pajarito».

Pasaron unos instantes de sosiego y silencio. Uno de los agentes de policía tomó entonces la jaula en sus manos y la elevó hasta situarla bajo uno de los haces de luz que se filtraba a través de la vegetación del jardín, y así poder observar mejor al pequeño ser que había en su interior. Tras aletear dos o tres veces, el pajarito saltó a uno de los laterales de la jaula e inmediatamente volvió a posarse sobre el palo central. El aleteo provocó un suave remolino de excrementos secos y plumas cuyos colores y matices, aún bañados por la luz, al elevarse, conservaban la misma discreción que en el refugio del pecho del hombre.

Al poco, el pajarito soltó dos breves y fugaces trinos, preludio de un inesperado canto que llenó el aire y atravesó con vibrantes reverberaciones todo el espacio circundante, como un arroyo de aguas cristalinas, atrayendo hacia el interior de la jaula las miradas de los presentes, incrédulos al ver cómo de un ser tan diminuto podía manar un chorro sonoro así de vigoroso.

Los gorjeos del pajarito proseguían sin fin y en ellos parecía insinuarse la inusitada capacidad de resucitar a los muertos.

Como embelesado por la belleza del canto, el policía abrió la puertecilla de la jaula, tal vez con la idea de tomar

al pequeño ser en sus manos, pero el pajarito salió disparado y, tras dar una vuelta sobre el cuerpo yaciente del Señor de los Pájaros, alzó el vuelo y desapareció sin que nadie pudiera obstaculizar su huida.

Los congregados no tardaron en volver a sus quehaceres, y de nuevo se oyeron murmullos: «¿No es surcar el cielo en libertad lo propio de cualquier ave?»; «En cualquier caso, su dueño ha muerto; lo normal es que regrese a la naturaleza»; lo comentaban algunos, con el corazón encogido. El agente de policía, por su parte, deseoso de que su improvisada intervención no fuera vista como una torpeza, se centró en los trámites y en todo el papeleo.

Transcurridos unos instantes, pareció llegar una vez más a oídos de los presentes, desde algún lugar del jardín, un trino apenas perceptible, como resonando en la distancia, lo cual algunos tomaron por una jugarreta de la imaginación. Ni una sola de aquellas personas se había percatado de que el pajarito que tanta curiosidad había suscitado era un ojiblanco japonés.

Sin embargo, las circunstancias que habían llevado a que a aquel hombre se le llegara a conocer como el Señor de los Pájaros no tuvieron nada que ver con el pequeño ojiblanco japonés y se remontan a una época muy anterior a la crianza

del avecilla, a esos veinte años más o menos en que estuvo al cuidado de un aviario junto a la guardería del barrio. Lo curioso es que parecía que ninguna persona en concreto le hubiera pedido que se encargara de realizar esas tareas de mantenimiento. La suya fue una disposición espontánea que, a fuerza de elogiable constancia y dedicación, le hizo acreedor al sobrenombre de *Señor de los Pájaros*.

El hombre realizaba las tareas de mantenimiento exclusivamente antes del comienzo del horario de la guardería o una vez finalizado este, y también los festivos. Le incomodaba el trato con los niños, la verdad sea dicha.

No solo se tomaba su tarea como algo más con lo que ocupar sus ratos libres, sino que la soltura y la destreza con que la llevaba a cabo dejaban entrever una rigurosa preparación en el ámbito de la ornitología. Llevaba todos los días sus propios utensilios: un cepillo para el suelo, un cubo y un cogedor, cuyo visible desgaste por el constante uso no impedía que fueran funcionales y estuvieran en perfecto estado, gracias al cuidado que tenía. Siempre se encargaba en primer lugar de una pareja de gallinas sedosas que ocupaban el gallinero, la más pequeña de las dos casetas dedicadas a las aves dentro de los límites del terreno de la guardería; y atendía después a las demás avecillas, pobladoras de la más grande de las casetas. La razón por la que siempre seguía ese orden no era otra que el escándalo que, con sus ensordece-

dores cacareos, armaban las dos envidiosas gallinas cuando el hombre comenzaba sus tareas por la caseta de los pajaritos: tal vez considerasen que su prioridad sobre todas las demás aves no había sido debidamente respetada.

Además de limpiar los excrementos y airear la paja, el hombre limpiaba las cubetas del agua y reponía la pitanza. No era él el único que había automatizado el orden de cada acción, enlazando cada tarea con la siguiente sin un solo instante de duda; también las gallinas habían asimilado la sucesión de gestos como una invariable coreografía, y, apenas se abría la portezuela, se precipitaban a los pies del Señor de los Pájaros, enredando entre estos, para seguir con su acostumbrado baño de arena y con el ulterior recorrido por los terrenos del jardín, conscientes del tiempo exacto que le llevaría al hombre dejar una nueva provisión de alimento. Cuando él terminaba su tarea, se presentaban dócilmente de nuevo en la caseta sin necesidad alguna de una llamada o de una señal. Tal era el grado de coordinación al que habían llegado él y ellas.

El trabajo en la otra caseta era diferente. Allí el hombre era recibido de una manera candorosa, con un trino inagotable y un revolotear de bienvenida de los pajaritos, que agitaban sus colas mientras picoteaban la red metálica en señal de cálida acogida. Había periquitos australianos o rayados, cacatúas ninfa, gorriones de Java en sus variedades cerezo y canela, capuchinos de Japón... Pero tanto el número de

ejemplares como de especies presentes no era del todo estable; ya sea porque a veces no congeniaran bien entre ellos, o por las inevitables muertes naturales, la proporción entre ejemplares y especies experimentaba ocasionales variaciones. A él, en cualquier caso, no le correspondía la selección o adquisición de ejemplares nuevos: su cometido se limitaba a los trabajos de mantenimiento.

Limpiaba los comederos y los bebederos y sus pequeñas casitas-nido como si se le fuera el alma en ello, y cepillaba el suelo con tal ahínco que la directora de la guardería, testigo de su denuedo, llegaba a temer que no terminara nunca. Desierta ya de niños la guardería a aquellas horas, el único sonido que flotaba en el ambiente era el producido por el roce del cepillo y el correr del agua sobre el suelo de la caseta de los pajaritos, y, solapándose con estos, como meciéndose en sus cadencias y armonía, el canto de las aves proseguía. Con la espalda encorvada y la mirada concentrada en el suelo a la altura de los pies, el hombre no prestaba atención a la humedad que le empapaba los bajos de los pantalones, ni a las gotas de agua que le salpicaban el rostro. Su respiración se mantenía serena; su mirada, limpia. La inicial intención práctica de hacer limpieza había ido transformándose en otra cosa: una forma de devoción y meditación. Mientras los pajaritos sobrevolaban su cabeza, se posaban sobre sus hombros o emitían vigorosos trinos

con mucha intensidad, él se congratulaba por su existencia y los bendecía.

Las cuidadoras, y algún que otro cuidador, proseguían atareados con sus quehaceres en la sala de profesores tras la marcha de los niños, sin prestar especial atención al Señor de los Pájaros, aun siendo conscientes de su presencia. Ni siquiera hacían algún comentario intrascendente del tipo: «Ah, ahí está otra vez el hombre», cuando lo observaban con la misma naturalidad que si fuera uno de los pájaros integrados en el paisaje cercano.

La directora del centro era la única persona que se animaba a intercambiar un par de palabras con él una vez finalizada la tarea. Calculaba el momento en que el hombre debía de estar recogiendo y se acercaba, a través de la zona de los columpios y de otros juegos, a las casetas.

—No sabe lo agradecidos que le estamos por todo lo que hace —decía la directora.

Con el cabello ya encanecido, impecablemente peinada y de gusto discreto y elegante con el maquillaje, bajo el ligero vestido de una pieza que llevaba podían adivinarse unas curvas rollizas. Su actitud hacia el Señor de los Pájaros siempre había sido cortés, desde el primer momento.

—No es nada... —contestaba él.

Incapaz de mantener una conversación trivial con la que mostrarse afable, el hombre simulaba volver al trabajo, como atendiendo algo que hubiera dejado sin terminar.

- —Ayer daba gusto ver a uno de los periquitos rayados en uno de los palos: cómo se recreaba e hinchaba las plumas... —decía ella.
 - —Hoy es lo mismo.
 - —Pues no está nada mal, ;no?
 - —Así es.
- —En la televisión han dicho que se avecina una ola de frío la próxima semana —comentaba la directora.
 - —No me diga...
- —Tendremos que estar pendientes de poner la calefacción.
- —Me encargaré de encenderla y graduar la temperatura lo que sea necesario —se ofrecía el hombre.
 - —Me tranquiliza que se ocupe de ello —añadía ella.

El tema de conversación siempre giraba alrededor de las aves.

- —¿Recuerda los huevos tan hermosos que pusieron la semana pasada las gallinas? —preguntaba retóricamente la directora.
 - —Sí, claro.
- —He hecho con ellos un flan que está para chuparse los dedos. ¿Le apetece probarlo para merendar? —lo invitaba a sabiendas de que él no aceptaría, pero deseando hacerle ver hasta qué punto se sentía agradecida por su dedicación a los pajaritos.

- —Es que..., me temo que va siendo hora de que me vaya... —decía él a la vez que le entraba una repentina prisa por recoger todo y marcharse.
- —Vaya..., pues..., lléveselo a casa. Es una pena que no pueda ofrecerle más que una porción —se disculpaba la directora mientras introducía el flan en una bolsa estampada con la imagen de un canario, emblema del parvulario.
- —Ah, se lo agradezco —aceptaba el Señor de los Pájaros en voz baja y bajando también la mirada, puesta en la insignia de la bolsa: un canario de vivo color amarillo y redondos y perspicaces ojos que, posado sobre una ramita, alzaba la vista hacia la lejanía del inmenso cielo.

«¿Cómo se las arreglará para dejar las casetas tan impecables?», susurraba para sí la mujer mientras lo veía alejarse, y volvía a dirigir la mirada a las aves. Aquel gesto desamparado, aquel jersey gastado y aquellos frágiles pasos... Y, sin embargo, nada había que reprocharle respecto a las casetas. Había puesto gran esmero en reparar la red metálica para no dejar la menor apertura, de manera que hasta el más astuto de los gatos o la más escurridiza de las culebras tuvieran vedada la entrada; había lijado y colocado bien derechos los palitos sobre los que descansaban los pájaros, adaptándolos al tamaño de sus patitas y de sus pequeñas garras, y ni que decir tiene que dejaba bien provistos de pitanza los comederos, cada uno rebosante de granos, como chispas relucientes. No

tardarían los pájaros en ponerlo todo perdido de cáscaras y excrementos, pero el esmero que el Señor de los Pájaros ponía en sanear el lugar y la pulcritud con que lo dejaba todo hacía que no les resultara a las aves tan sencillo hacer desaparecer la fresca sensación de limpieza.

La directora permanecía siempre allí, inmóvil, siguiéndolo con la mirada hasta que él desaparecía más allá de la portezuela trasera. El Señor de los Pájaros nunca se giraba para mirar.

Cuando llegaba a casa, se cambiaba la ropa humedecida tras la jornada, se lavaba las manos, sacaba de la bolsa el flan y se lo comía como merienda, con gran devoción. En un abrir y cerrar de ojos daba cuenta de la pequeña porción, hecha expresamente para que merendasen los niños del parvulario y, mientras tanto, las blancas plumas de las gallinas sedosas que se le habían quedado enredadas en el pelo iban cayendo con suavidad sobre el canario estampado de la bolsa.

Fueron precisamente los niños del parvulario quienes comenzaron a utilizar la expresión *Señor de los Pájaros* para llamarlo o referirse a él. A pesar de que siempre procuraba aproximarse con sumo cuidado a las casetas, haciendo lo posible por evitar a cualquiera de los niños, de vez en cuando era sorprendido por alguno, a quien por la razón que fuera sus padres no ha-